



Cuadernos de pensamiento 36

Publicación del Seminario “Ángel González Álvarez”
de la Fundación Universitaria Española
Número monográfico sobre Humanismo, técnica,
y transformación digital
Año 2023

Lecciones renacentistas para un alfabetismo digital: sobre la lectura en tiempos de *PDF*

*Renaissance Lessons for a Digital Literacy:
about Reading in Times of PDF*

MANUEL GARCÍA DOMÍNGUEZ¹

Universidad Complutense de Madrid (España)

ID ORCID 0009-0003-7192-1560

BLANCA MORET MOLINER²

Universidad Autónoma de Madrid (España)

ID ORCID 0009-0003-2329-2069

¹ (mangar21@ucm.es) Graduado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) y estudiante del grado de Matemáticas por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y del Máster Oficial de Ética Aplicada por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Ha colaborado con el Centro Superior de Investigaciones Científicas tanto en las prácticas de grado como en una estancia financiada por la Fundación Max Mazin y con el Departamento Lingüística General, Lógica y Filosofía de la Ciencia, Lenguas Modernas, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada y Estudios de Asia Oriental gracias a la Beca de Colaboración del Ministerio de Educación y Formación Profesional. Ha participado en la organización y comunicación de una decena de congresos, entre los que destacan el I Congreso Internacional de Humanidades Ecológicas y el I Congreso Nacional “Desafíos de las Redes Sociales 2.0”. Su formación académica se ha visto complementada con su formación laboral como *data scientist* para ERIS, departamento de Data Marketing del Grupo Publicis, y una formación social en asociaciones como la Asociación Estudiantil de Inteligencia Artificial de la UAM, de la cual fue fundador y vicepresidente.

² (blanca.moret@estudiante.uam.es) Graduada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Ha colaborado con el Área de Humanidades del Círculo de Bellas Artes en

Recibido: 30/08/2023 | Revisado: 26/10/2023
Aceptado: 26/10/2023 | Publicado: 30/12/2023
DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.378>

RESUMEN: La lectura ha sido una de las prácticas más alteradas por la masificación de las tecnologías digitales a partir de la introducción de dispositivos como los libros electrónicos y de herramientas como los buscadores. A la luz de las formas de lectura que practicaban los humanistas renacentistas, el presente trabajo busca establecer una crítica a los vicios de la lectura digital y su relación con los procesos educativos. Para ello, en una primera sección exponemos algunas claves para comprender la lectura en los humanistas renacentistas de la mano de autores como Johann Geiler o Francesco Petrarca, centrándonos en la cuestión de la pedagogía y la dedicación de los libros. Posteriormente se desarrollan algunas de las dinámicas propias de la lectura digital y su correspondencia con el empeoramiento en la comprensión de los textos, tales como la lectura fragmentada, la dispersión intertextual o el exceso de celeridad en la lectura. Por último, recuperando las críticas recogidas a partir del pensamiento renacentista, planteamos algunos principios para una transformación de la lectura bajo el paradigma del humanismo digital, centrándonos en escenarios como la universidad y la enseñanza de la lectura.

PALABRAS CLAVE: digital, educación, humanismo, lectura, tecnología.

ABSTRACT: Reading has been one of the practices most altered by the immersion of digital technologies since the introduction of devices such as electronic books and tools such as search engines. In the light of the forms of reading practiced by Renaissance humanists, this paper seeks to establish a critique of the vices of digital reading and its relationship with educational processes. To this end, in a first section

las prácticas curriculares del Grado en Filosofía de la UAM así como en la organización y comunicación de diversos congresos, entre los que destacan el I Congreso Internacional de Humanidades Ecológicas, el I Congreso Nacional “Desafíos de las Redes Sociales 2.0” y el “Ciclo de comunicaciones Procesos creativos y marginalidad. Reflexiones desde la Estética con una comunicación titulada “Surrealismo, Parergon, Arte psicopatológico” organizado por el Centro Superior de Investigaciones Científicas en el Ateneo de Madrid. Su formación académica se ha visto complementada por el Congreso Internacional “*Vetulas cruciati*: la mujer y el estigma de la vejez ante el Santo Oficio” organizado por el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid, celebrado los días 25, 26 y 27 de octubre de 2022 y el voluntariado como Embajadora Junior del Parlamento Europeo en España en el año 2017.

we expose some keys to understand reading in the Renaissance humanists by authors such as Johann Geiler or Francesco Petrarca, focusing on the question of pedagogy and the devotion of books. Subsequently, some of the dynamics of digital reading and its correspondence with the worsening of text comprehension, such as fragmented reading, intertextual dispersion or excessive speed in reading, are developed. Finally, recovering the criticisms collected from Renaissance thought, we propose some principles for a transformation of reading under the paradigm of digital humanism, focusing on scenarios such as the university and the social practice of reading.

KEYWORDS: digital, education, humanism, reading, technology.

1. ALGUNOS APUNTES SOBRE EL RENACENTISMO

El Renacimiento, un período histórico que abarcó aproximadamente desde el siglo XIV hasta el siglo XVI, marcó una transformación profunda en la historia europea y mundial. Este movimiento cultural y artístico no sólo resucitó la gloria de la Antigua Grecia y Roma, sino que también sentó las bases para una nueva visión del mundo y del ser humano. En el corazón de este florecimiento cultural se encontraba el humanismo renacentista, una filosofía que enfatizaba la dignidad y el potencial de la humanidad, así como la exploración de la razón y el conocimiento. En otras palabras, el Renacimiento fue un período de asombroso resurgimiento cultural y artístico en Occidente.

En el Renacimiento destaca, en primer término, el aspecto económico entre los siglos XIV y XV ya que después de etapas de estancamiento económico y una agricultura predominantemente feudal, Europa comenzó a experimentar una gradual recuperación. La expansión del comercio y el renacimiento de las ciudades desempeñaron un papel crucial en este proceso. El surgimiento de una nueva clase social, la burguesía, que acumulaba riqueza a través del comercio y la inversión, generó un mayor patrocinio de las artes y la cultura. Estos mecenas se convirtieron en los impulsores financieros de muchos artistas y pensadores renacentistas, permitiéndoles dedicarse a su trabajo creativo.

El resurgimiento urbano también fue un factor determinante en la aparición del Renacimiento. A medida que las ciudades crecían en tamaño y poder, se convirtieron en centros de intercambio cultural y comercial. Estos

núcleos urbanos no sólo proporcionaron un ambiente propicio para el intercambio de ideas, sino que también atraieron a artistas, científicos y eruditos que buscaban oportunidades y un ambiente cosmopolita. Asimismo, el aumento en el comercio y el intercambio cultural desempeñó un papel significativo en la llegada del Renacimiento. Europa entró en contacto con otras culturas a través del comercio, en particular, con el mundo islámico y el Imperio Bizantino. Este intercambio permitió la circulación de ideas, tecnologías y, quizás más importante aún, textos clásicos que habían sido preservados y estudiados en estas culturas. La traducción y el estudio de estos textos clásicos reavivaron el interés por el conocimiento y la filosofía de la Antigua Grecia y Roma.

En este sentido, el Renacimiento no fue simplemente un renacimiento de la antigüedad clásica, sino también un período de innovación y creación. Los artistas y eruditos renacentistas se inspiraron en los logros del pasado, pero también buscaron superarlos a través de su propia creatividad y pensamiento crítico. Esta combinación de reverencia por la antigüedad y una búsqueda de nuevos horizontes resultó en una explosión de descubrimientos científicos, avances artísticos y una reevaluación de la relación entre el ser humano y el mundo. En lo que al humanismo renacentista se refiere, cabe decir que fue una filosofía que celebraba la educación, el conocimiento y el potencial humano. A lo largo de este período, surgieron varios movimientos humanistas que compartían una devoción por el estudio de las humanidades clásicas, incluyendo la literatura, la filosofía, la historia y la retórica. Aquí destacan los siguientes tipos de humanismo: el humanismo literario, el humanismo cívico y el humanismo religioso.

El humanismo literario enfatizó el estudio y la emulación de los textos clásicos, particularmente los de la Antigua Grecia y Roma. Autores como Petrarca y Giovanni Boccaccio reavivaron el interés por la literatura y la poesía clásica, influenciando la producción literaria en lenguas vernáculas. El primero de ellos, a menudo considerado como el “Padre del Humanismo”, fue un poeta y erudito italiano del siglo XIV. Su pasión por los escritos de autores clásicos, especialmente el poeta romano Cicerón, lo llevó a coleccionar y estudiar manuscritos antiguos. Petrarca popularizó el concepto de la “Era de las Tinieblas” (Petrarca, 2007) para describir la Edad Media, destacando la im-

portancia de regresar a los valores y la sabiduría de la antigüedad clásica. Sus obras líricas en italiano, particularmente los sonetos escritos a su amada Laura, marcaron una revolución en la poesía, estableciendo nuevas normas y un estilo poético más personal y expresivo.

Giovanni Boccaccio, otro prominente humanista literario, por su parte, es conocido principalmente por su obra *El Decamerón* (Boccaccio, 2020), una colección de cien cuentos que exploran una variedad de temas humanos. Aunque Boccaccio es famoso por su narrativa, también fue un estudioso comprometido con la recuperación y difusión de textos clásicos. Su amor por la literatura clásica y su enfoque en la realidad cotidiana influyeron en su estilo narrativo y en su contribución a la literatura en lenguas vernáculas.

En el Humanismo Cívico, por su parte, creían en la importancia de la educación para formar ciudadanos responsables y comprometidos. Esto llevó a la promoción de una educación más accesible y a la creación de escuelas para formar a futuros líderes y ciudadanos informados. Este movimiento encontró un defensor destacado en Leonardo Bruni. Bruni, un humanista italiano del siglo XV, no solo fue un erudito, sino también un político activo que ocupó cargos gubernamentales en Florencia. Éste creía que el estudio de la literatura clásica y la retórica permitiría a las personas comunicarse de manera efectiva y participar activamente en la vida pública. Su obra *Isagogicon Moralis Disciplinae*³ (1424) promovía la educación integral, que combinaba la formación ética y moral con la excelencia académica.

Por último, en el Humanismo Religioso combinaron su amor por los clásicos con su fe religiosa, buscando una reinterpretación de los textos religiosos a la luz del conocimiento clásico. Erasmo de Róterdam, por ejemplo, abogó por un cristianismo interiorizado y personal, distinto de las estructuras religiosas tradicionales. Su obra más influyente, *Elogio de la locura* (Erasmo, 2011), es una sátira que critica la corrupción en la Iglesia y la sociedad de su tiempo. Erasmo creía en la importancia de regresar a las enseñanzas originales de Jesucristo y rechazaba las complejidades dogmáticas que habían surgido. Su énfasis en la piedad y la moralidad individual influyó en la Reforma Protestante y en el desarrollo del pensamiento religioso moderno.

³ Traducción al latín de la obra *Ética a Nicómaco* de Aristóteles.

2. LA TRANSFORMACIÓN HUMANISTA DE LA LECTURA

El Renacimiento floreció como un crisol de ideas en una época donde las concepciones tradicionales fueron desafiadas y redefinidas con fervor. Los humanistas, alimentados por la euforia de redescubrir la herencia cultural clásica, asumieron el papel de agentes de cambio intelectual. La revalorización de la razón, la investigación independiente y el individualismo marcó una desviación significativa de los dogmas medievales que habían prevalecido durante siglos. En este contexto, el enfoque humanista hacia la lectura y la interpretación de textos se erige como un paradigma transformador, y será precisamente este proceso de transformación el que se someterá a un riguroso análisis en el transcurso de este ensayo.

En la inmersión en la metodología de lectura humanista, resulta evidente que esta no se limitaba a una mera decodificación de palabras impresas, sino que trascendía hacia una búsqueda intrínseca de significados profundos. La filosofía hermenéutica, en el centro de esta dinámica, enfatizaba la necesidad de contextualizar los textos dentro de su marco histórico y literario. Marsilio Ficino, en su influyente obra *Tres libros sobre la vida* (2006), propugnaba que la lectura constituía un diálogo no solo con las palabras plasmadas en la página, sino con las mentes que las concibieron.

Esta concepción dinámica de la lectura, donde el lector se convierte en un partícipe activo del diálogo transgeneracional, reafirma la esencia misma del enfoque humanista. Este enfoque se opone al llamado escolasticismo, que trataba de generar una lectura unívoca de los textos clásicos, considerando los textos, como apunta Anthony Grafton, “no como obras de personas que habían vivido en una época determinada, sino como conjuntos impersonales de proposiciones” (Grafton, 2004, p.322). El humanismo comienza a situar las proposiciones dentro de obras y las mismas obras dentro de personas situadas espacial y temporalmente, lo cual les posiciona en una suerte de conversación con los clásicos, como se refleja en las cartas de Petrarca a Cicerón. La carta de Maquiavelo a Francisco Vettori (1990) describe esta actitud hacia la lectura cuando, una vez regresado a casa y durante la noche, conversaba con los “antiguos hombres” y no se avergonzaba de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, ante lo cual los antiguos hombres respondían.

La pluralidad de perspectivas con las que los humanistas se adentraban en los textos revela una característica crucial de su enfoque interpretativo. El renacimiento de la retórica, una disciplina reverenciada en la antigüedad clásica, asumió un papel central en la lectura humanista. Lorenzo Valla, en su monumental tratado *Elegantia linguae latinae* (Valla, 1476), resaltaba que las figuras retóricas no eran meras herramientas de embellecimiento lingüístico, sino claves que abrían puertas hacia la elocuencia y la comprensión. Esta revalorización de la retórica no sólo rescató un arte olvidado, sino que también abrió un arsenal de técnicas interpretativas, permitiendo a los humanistas descubrir estratos de significado más allá de la superficie textual.

Asimismo, la práctica intertextual se erige como un pilar esencial de la lectura humanista, posibilitando un diálogo sin restricciones entre autores y épocas. El magistral *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola (2006), esclarece cómo, en la conjunción de las palabras de Cicerón y los diálogos de Platón, emerge un coro de ideas que destila tanto la diversidad como la unidad de la indagación humana. Este enfoque transversal no solo promovió una comprensión más holística del pensamiento humano, sino que también permitió a los humanistas forjar conexiones inesperadas y arrojar luz sobre los recodos más profundos del conocimiento. En relación con la obra platónica, Alberto Manguel (2014) nos recordará que para los maestros humanistas de fines de la Edad Media, el texto y los sucesivos comentarios de diferentes generaciones de lectores demostraban que era posible no una, sino casi una infinidad de lecturas, que se alimentaban unas a otras.

La lectura humanista del Renacimiento, como una luz radiante en el horizonte del conocimiento, se alza como un faro intelectual que no sólo iluminó los senderos de la interpretación literaria y filosófica, sino que también trastocó la relación misma entre el lector y el texto. A través de la conjunción maestra de los enfoques retóricos y hermenéuticos, los humanistas no solo desvelaron los estratos sutiles de significado en los textos clásicos, sino que también dieron vida a un diálogo intertextual que trascendía las barreras del tiempo y el espacio. Esta habilidad para leer entre líneas, más allá de las palabras impresas, infundió a la lectura una dimensión palpablemente holística, donde las palabras se entrelazaban con las intenciones de los autores y los ecos de otras obras en una danza simbiótica de significado. El propósito último de tal giro

no fue sino la dotación de un valor central a la comprensión de la lectura frente a la centralidad que tomó la mnemotecnica en algunas secciones de la escolástica. Ejemplo paradigmático de ello fue la reforma educativa llevada a cabo por Louis Dringenberg en la parroquia de Sélestat en 1441 (Grafton, 1991). Este maestro, fundador de la Biblioteca Humanista un año más tarde, apostó por una lectura conversada de los textos clásicos, que implicaba tanto un proceso de lectura sistemática como un posterior comentario.

El cambio paradigmático que la lectura humanista inspiró no se limitó a meras técnicas de interpretación; fue un cambio de mentalidad, un renacimiento del pensamiento crítico y la autonomía intelectual. En contraste con la época medieval, donde el lector era en gran medida un receptor pasivo de la doctrina, el Humanismo empoderó al lector con la capacidad de cuestionar, analizar y reinterpretar. Esta emancipación intelectual, impulsada por la creencia en la capacidad humana de comprender y forjar significados, reverbera a través de las palabras de Francesco Petrarca (2014), para quien la verdad se encuentra en las fuentes no adulteradas, no en las reinterpretaciones posteriores.

Este énfasis en regresar a las fuentes originales y confiar en la capacidad crítica del lector marca una ruptura audaz con la autoridad establecida e instaura las bases para la lectura como un acto de exploración continua. Sin embargo, no se trataba de un mero análisis impersonal, sino también profundamente emotivo. Hofman, sucesor del mencionado Dringenberg, entendía la lectura como una forma de educación moral a partir de un vínculo personal con el texto; por ello, instaba a sus alumnos a “buscar, en aquellas palabras escritas por personas desaparecidas mucho tiempo antes, algo que les hablara personalmente, en su propio lugar y en su propia época” (Svenbro, 2004, p. 92).

Las formulaciones educativas concebidas por los humanistas europeos, plasmadas en sus tratados, se bifurcaban en dos enfoques discernibles: aquellas que se preocuparon por guiar la formación integral de los individuos en la sociedad, ya sea mediante códigos generales de conducta o manuales delimitando figuras específicas, y aquellos que enfocaron su atención en los aspectos más particulares de la gramática y la filología. Este espectro interpretativo, que abarca desde una concepción más holística hasta una más restringida de las “letras humanas”, se extiende a lo largo del siglo XVI.

En los inicios, las artes liberales colocaron a la gramática en el núcleo del conocimiento y la educación, estableciéndola como la *janua scientiarum*, la puerta de entrada a los textos clásicos que permitía a los humanistas proveer a sus discípulos con los ejemplares más excelentes. Aunque esta tendencia persiste durante el transcurso del siglo, se observan tentativas de recuperar un enfoque más filológico, acentuadas hacia las postrimerías del periodo, debido a factores como la creciente toma de conciencia lingüística y una crisis sociológica específica en la práctica humanística y docente. En cuanto a la manipulación de los textos, tanto poéticos como no poéticos, por parte de los humanistas en calidad de editores, enmendadores, comentaristas y eruditos, se erigen nuevos argumentos para refutar la noción de Giorgio Valla (1476) de que la gramática es el fundamento de todas las ciencias y, por lo tanto, no requiere de ninguna otra ciencia.

La erudición emerge como una herramienta esencial para la *explanatio textorum*, lo que conduce a la creación de repertorios, oficinas, calepinos y poliantes, además de florilegios y relaciones que enriquecen tanto los tratados humanistas como las prácticas de lectura y docencia. Los dos tratados bien conocidos de Lorenzo Palmireno (1557) ejemplifican esta intrincada y variada situación en las etapas finales del siglo XVI. Incluso un maestro del Studi General de Valencia, como él, se une al énfasis en el rol del humanista como educador, promoviendo la educación para los hijos de la burguesía valenciana enriquecida. Palmireno fusiona la piedad y la gramática como fundamentos de la educación, con el propósito de formar hombres correctos y profesores competentes en humanidades.

La importancia de la lectura en la transmisión de valores se refleja en los sermones de Geiler von Kayserberg, el cual señaló siete especies para dividir la locura de los libros. De las siete especies cabe destacar las tres primeras:

La primera campanilla anuncia al loco que colecciona libros pensando en la gloria, como si fueran muebles caros [...] La segunda campanilla anuncia al loco que quiere volverse sabio consumiendo demasiados libros [...] La tercera campanilla corresponde al loco que colecciona libros sin leerlos de verdad, sino que sólo los hojea para satisfacer su frívola curiosidad (Geiler, 2015)⁴.

⁴ *Op. cit.*, Manguel, Alberto. (2014). *Una historia de la lectura*, p.309.

Tras esta bella crítica planteada por Geiler von Kayserberg a partir de la homónima obra de Sebastián Brandt, *La nave de los locos* o *La nave de los necios* (2011), se esconde, como hemos venido hablando, la promoción de una forma de vida. La lectura humanista trasciende su contexto histórico y emerge como una lección atemporal. Su énfasis en la contextualización, la retórica y el diálogo intertextual resuena en la práctica intelectual moderna, recordándonos que la interpretación no es un proceso estático, sino un constante compromiso con el significado en todas sus dimensiones. La herencia de los humanistas nos insta a abrazar la riqueza de las palabras impresas, a escudriñar más allá de las superficies y a encarar cada texto como un tesoro de ideas en evolución. En este sentido, la lectura humanista sigue siendo un fanal que guía a todos aquellos que buscan profundizar su comprensión y descifrar los enigmas que yacen en el corazón de la palabra escrita.

Al igual que el Renacimiento floreció como un crisol de ideas desafiando las concepciones tradicionales, el humanismo digital busca reconciliar la despersonalización tecnológica con la esencia humana. Además, así como los humanistas del Renacimiento redescubrieron la herencia cultural clásica y enfatizaron la importancia de la interpretación y el diálogo intertextual, el humanismo digital busca amplificar la naturaleza humana a través de la tecnología, reconociendo que la razón es un bien común que puede enriquecerse con las herramientas digitales. En ambos casos, la lectura, ya sea de textos clásicos o de información digital, aspira a convertirse en un acto de exploración continua que nos permite descifrar los enigmas que yacen en el corazón de la palabra escrita.

3. EL HUMANISMO DIGITAL O CÓMO LEER UN LIBRO ELECTRÓNICO

En la era de la información, la tecnología ha tejido una red intrincada que conecta a la humanidad de formas antes inimaginables. Sin embargo, este tejido tecnológico ha sido ampliamente criticado por su despersonalización y deshumanización de las relaciones humanas. El humanismo digital surge como un intento de reconciliar esta brecha y cultivar una convivencia más

enriquecedora entre los avances tecnológicos y la condición humana. Como señala Michael Johnson, “el humanismo digital busca no reemplazar la naturaleza humana, sino amplificarla a través de la tecnología” (Johnson, 2020, p. 45).

La distancia aparente entre lo tecnológico y lo humano a menudo se presenta como un obstáculo insuperable. Sin embargo, el humanismo digital busca transgredir esta noción al proponer que la tecnología puede ser un medio para enriquecer las relaciones interpersonales en lugar de suprimirlas. En palabras de Smith, en *The Human Touch: How to Harness the Power of Technology to Create Real Human Connections*, “la tecnología, cuando se emplea con sensibilidad, puede ser una herramienta para la expresión artística y la comunicación profunda” (Smith, 2019, p. 73). La comunicación digital puede, de hecho, intensificar la conexión entre individuos, permitiéndoles superar las barreras geográficas y culturales que antes limitaban la interacción.

En la encrucijada de la comunicación digital, surge un fenómeno notable: la capacidad de superar barreras que previamente separaban nuestras conexiones. Persiste la promesa de que las distancias geográficas y las diferencias culturales que antes actuaban como muros infranqueables ahora puedan ser traspasadas con un *click*. Ciertamente, a través de las conexiones digitales, las personas pueden participar en diálogos transculturales y derribar las divisiones que históricamente han limitado la interacción intercontinental. Esto corrobora la afirmación de Johnson de que el humanismo digital, al aprovechar la tecnología, busca “amplificar la naturaleza humana” (Johnson, 2020, p. 45), permitiendo a las personas participar en una red global de intercambio de ideas y experiencias.

El humanismo digital, por lo tanto, desafía la idea de que la tecnología y la humanidad están destinadas a existir en un estado de oposición. En cambio, presenta la posibilidad de que estas dos esferas puedan coexistir y complementarse mutuamente. La tecnología, lejos de ser un sustituto de la autenticidad humana, puede ser un catalizador para la expresión individual y la conexión interpersonal. Al trascender las limitaciones de la comunicación en el espacio físico y temporal, el humanismo digital revela cómo la tecnología puede tejer una trama de conexiones significativas que enriquecen la experiencia humana.

Un aspecto fundamental del humanismo digital es la promoción de la empatía en el ciberespacio. Aunque la tecnología podría ser percibida como fría y despersonalizada, el humanismo digital subraya su capacidad para fomentar la comprensión mutua. Turkle sostiene que “las plataformas digitales pueden servir como espacios donde las personas comparten sus experiencias más íntimas, generando así un sentido renovado de empatía” (Turkle, 2016, p. 112). Al conectarse a nivel emocional a través de la tecnología, los individuos pueden experimentar una genuina conexión humana. Este concepto recalca cómo la tecnología puede ser un vehículo para la exploración de las emociones y la comprensión empática. A través de la escritura, el intercambio de historias y la participación en discusiones online, las personas pueden conectarse a nivel emocional, descubriendo similitudes y diferencias que enriquecen su comprensión mutua. La experiencia compartida de la vulnerabilidad, en un espacio virtual aparentemente distante, da lugar a una conexión más profunda y auténtica, donde la empatía se convierte en el puente que une a los individuos.

Es innegable que el ritmo acelerado de desarrollo tecnológico plantea dilemas éticos cada vez más intrincados. Ante la proliferación de algoritmos de inteligencia artificial, la recopilación masiva de datos y la interconexión global, es imperativo abordar cómo estas innovaciones impactan nuestra privacidad, autonomía y bienestar. En este contexto, el humanismo digital postula la necesidad de implementar un sólido código ético que guíe el diseño, desarrollo y uso de la tecnología.

Como Morozov sugiere, “una tecnología verdaderamente humanista se rige por principios éticos arraigados en la dignidad y los derechos humanos” (Morozov, 2018, p. 209). Esta afirmación resalta cómo el humanismo digital insta a que las consideraciones éticas se conviertan en el cimiento sobre el cual se erige la innovación tecnológica. En lugar de perseguir avances sin restricciones, se aboga por una introspección reflexiva que equilibre las posibilidades tecnológicas con los valores y derechos humanos fundamentales. Este enfoque ético no solo busca prevenir potenciales consecuencias negativas de la tecnología, sino también nutrir su potencial positivo.

La ética en la interfaz digital no solo sirve como un escudo contra el abuso tecnológico, sino como un faro que guía la tecnología hacia caminos que enriquezcan la vida humana y la sociedad en su conjunto. Al reconocer que la

tecnología no es una entidad independiente, sino una extensión de la humanidad, el humanismo digital fomenta la colaboración interdisciplinaria y el diálogo entre expertos en tecnología, filósofos, juristas y ciudadanos para forjar un camino ético compartido. A través de la promoción de la empatía, la ética y la integración de valores humanos en el entorno digital, este enfoque busca trascender las limitaciones de la interfaz tecnológica y brindar una renovada conexión con la esencia de la humanidad.

3.1. La lectura frente a la deriva tecnodigital

Esta transformación técnica que vivimos hoy en día no ha sido la única transformación social que ha provocado y ha sido provocada por fuertes cambios sociales. Si bien es innegable el profundo calado de la llamada cuarta revolución industrial, hay sectores que han vivido cambios acentuados en cortos periodos de tiempo. La invención de la imprenta en Europa, hace más de medio milenio, es un claro ejemplo para la industria del libro. A este respecto, es bien conocida la afición de los humanistas, no sólo por la práctica de la lectura, sino también por el formato del libro.

Su crítica a la lectura medieval no era únicamente a la forma de lectura, sino en un sentido más amplio, a los artefactos de lectura. No son pocas las críticas que se establecieron contra el formato, ejemplo de ello fue la tipografía. El mismo Petrarca expresó una marcada aversión a los caracteres diminutos y apretados (Petrarca, 2006), así como a la letra minúscula propia de la edición gótica. Sin embargo, la cuestión de la estética de los libros no se limitaba a la cuestión tipográfica, sino que tal transformación humanista produjo una revalorización social de la figura del libro.

De la misma forma que hemos vivido una profunda transformación por la revolución industrial marcada por la digitalización y una fuerte datificación, los humanistas vivieron una transición similar con la invención de la imprenta y la producción industrial de libros. De hecho, en cierta forma vivimos a día de hoy en el paradigma de producción y consumo en masa de libros que vivieron los humanistas en los albores de la reproducción mecánica. Incluso algunos vicios en la producción de libros que hoy vivimos se remontan hasta el

primer siglo de imprenta. Es cita necesaria en esta cuestión el adagio erasmiano donde el autor denuncia que, con la imprenta, “llenar el mundo de libros, no sólo sobre futilidades –como quizás yo mismo he escrito- sino de obras ineptas, repletas de ignorancia, malintencionadas [...] en tal cantidad que incluso las publicaciones de valor pierden su efecto benéfico” (Erasmus de Rotterdam, 2002, XII).

La escritura fútil encuentra su paralelismo en una lectura fútil, incapaz de ofrecer una interpretación valiosa del texto y repleta de las locuras geilerianas que mencionamos anteriormente. La pedagogía humanista se hacía eco de esta forma de lectura, donde se producían dos o más lecturas de los mismos párrafos con distintos ritmos e intersectados por ejercicios graduales. De esta forma, “el estudiante aprendía así que cada texto era, además de un relato concreto, un complejo rompecabezas cuya lógica interna el maestro tenía que ir sacando a la luz pacientemente” (Grafton, 2004, p. 348). La lectura se podría entender como una suerte de obra que debiera reproducir los ritmos que poseen otras prácticas políticas, una lenta deliberación y una constante empresa. Resuena, sin duda, la cita de Erasmo (2002) sobre Horacio, “*crescit occulto velut arbor aevo*”.

Vemos así que una cuestión central de la lectura humanista es la expresión de cierta forma de vida marcada por la pausa y el sosiego. De vuelta con Erasmo, esta vez con el editor de su obra citada, el humanista Aldo Manucio, el cual recibió una carta en 1501 del mismo Thurzo, que dictaba:

Pues como mis muchas actividades apenas me dejan tiempo que dedicar a los poetas y oradores en mi casa, tus libros –tan manejables que puedo leerlos mientras camino e incluso me permiten galantear cuando se presenta la ocasión– constituyen para mí un placer muy especial. (Manucio, 2008, p. 26).

En la línea de esta cita, se podría decir que el libro industrializado tomó un papel central en la cotidianidad, integrándose en las múltiples actividades que se llevaban a cabo fuera de la residencia. Esta transformación se nos presenta, ciertamente, familiar; en el contexto contemporáneo, la lectura digital ha adquirido un papel prominente en la vida cotidiana, redefiniendo la forma en que interactuamos con la información y el conocimiento. La conveniencia

de tener acceso instantáneo a una inmensa cantidad de material en línea y la capacidad de llevar bibliotecas completas en dispositivos portátiles son aspectos que resaltan las ventajas de esta modalidad. Sin embargo, a medida que la lectura digital gana terreno, es crucial sopesar las posibles implicaciones que pueden derivar de esta transformación, especialmente en relación con los valores humanistas.

La reflexión sobre la naturaleza misma de la lectura revela un aspecto crítico en esta discusión. La lectura tradicional, en papel, se caracteriza por ser una actividad inmersiva que fomenta la concentración y la contemplación profunda. Umberto Eco, en su obra *Lector in fabula* (1993), señaló cómo la lectura lineal y secuencial en formato impreso permite al lector sumergirse en el texto, conectar ideas y elaborar argumentos complejos. Incluso retrotrayéndonos a los primeros humanistas, encontramos un profundo apego por los libros que se compraban; el humanista Petrarca “redactó una lista de los libros que más significaban para él (*libri mei peculiare*s), muchos de ellos los usó como partes de un diario en el que podía expresar, no sólo su amor por Laura, sino también cuestiones más prosaicas” (Grafton, 2004, p. 345).

En contraste, la lectura digital tiende a fragmentar el contenido, invitando al lector a saltar entre hipervínculos, pestañas y ventanas emergentes, escindiendo al mismo del libro y, por supuesto, abandonando la relación humanista entre *cartolai*, impresores y lectores. Esto puede resultar en una experiencia más superficial y fragmentada, erosionando la capacidad de asimilar información de manera holística.

Si, como vimos, la lectura humanista requería de un esfuerzo sistemático y meticuloso, encontramos que la lectura digital está asociada con una disminución en la capacidad de concentración sostenida. Maryanne Wolf, en su obra *Proust y el calamar* (2015), destaca cómo la lectura digital fomenta la multitarea y la interrupción constante, lo que puede afectar negativamente la plasticidad cerebral y la capacidad de involucrarse en la contemplación profunda. Esta erosión de la atención sostenida puede contribuir a una cultura de superficialidad en la que la búsqueda constante de distracciones y estímulos instantáneos obstaculiza la capacidad de dedicar tiempo y esfuerzo a la reflexión y el análisis profundo. Volviendo a la carta de Maquiavelo Vettori

(1990), nos podría resultar extraña la situación de mudarse de ropa e introducirse en la lectura anotada durante largas horas durante la noche.

A diferencia de su lectura, la intertextualidad propia del hipervínculo nos invita a no permanecer en la lectura y a dialogar con tantos autores como usuarios, impidiendo la lectura pausada y favoreciendo una lectura fútil de los textos. Resuenan inevitablemente las “locuras geilerianas”, especialmente la tercera campanilla, es decir, la del que colecciona libros sin leerlos de verdad, sino que sólo los hojea para satisfacer su frívola curiosidad. Si los primeros humanistas fueron “los intelectuales europeos que consideraron por última vez los libros como la principal fuente de datos e ideas” (Grafton, 2004, p. 334), hoy en día arrastramos su pérdida en una marcada banalización de la lectura y, por supuesto, una notable desvalorización del texto.

3.2. *Una crítica al exceso en la lectura*

Tal desvalorización del texto encuentra su causa en una última transformación del texto al hipertexto, que da lugar a una lectura continuada que no termina de llegar a un fin. Un ejemplo paradigmático es el uso del conocido como *clickbait*, traducido como ciberanzuelo, donde lo efectivamente relevante no es una lectura significativa de los textos y la construcción de una interpretación propia de los mismos, sino una proporción alta de *clicks* que genere ingresos a quien produzca el contenido digital. De esta forma, librerías digitales que podrían parecerse a las librerías humanistas que idearon autores como Petrarca o su gran amigo Aldo Manucio, terminan por ordenar los libros con base en el número de *clicks* recibidos. El sueño de Manucio, la construcción de una biblioteca pública que contuviese los *libri portatiles* que él mismo inventó (2008), encuentra su trágico reflejo en el *ebook*.

Lo trágico de dicho reflejo tiene relación con la pérdida del acompañamiento en la lectura al perderse la noción de maestro. En las aplicaciones de lectura, aquellos textos que se recomiendan son resultado de un procesamiento de datos bibliométricos que llevan a lecturas que no responden a un plan educativo, sino al resultado de un algoritmo “impersonal”. La lectura torna en un acto meramente individual y se limita a una actividad íntima cuyo único

reflejo social es una breve reseña de un puñado de caracteres. No quisiéramos reducir el valor de este encuentro global a través de aplicaciones de lecturas, como mencionábamos, la publicación de distintas interpretaciones puede favorecer el desarrollo de valores humanos fundamentales, como la empatía.

Sin embargo, la conexión que se produce es efímera y el acompañamiento es ficticio, situando al lector en una suerte de limbo entre la conversación acompañada y la lectura en soledad. De tal forma, parafraseando al sabio Pérez de Oliva, no se podrá disfrutar ni de tal compañía ni de aquella amable soledad que sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría. Frente a ello, el estudiante humanista estaba guiado por un maestro de cara a elaborar cierta actitud frente a los textos, pero su lectura se daba en aquella amable soledad. Esto nos recuerda a las palabras de Petrarca en *De la vida solitaria* (2021): la soledad sin letras es destierro, cárcel, potro de tormento; añádele las letras y es patria, libertad, goce.

La lectura del aprendiz estaba marcada por un plan educativo, “se abría camino a través de los textos obligatorios a un ritmo de veinte líneas al día” (Grafton, 2004, p.350). Esto está estrechamente relacionado con la dimensión pública de la lectura; aquel que aprendía el arte de la lectura no aspiraba únicamente a la interpretación de los textos, sino a su posterior uso en la educación de terceras personas. La lectura tornaba, así, en una actividad conjunta entre maestro y lector y se profundizaba en la misma en una orientación clara hacia los clásicos.

Debía buscar otro joven, uno que fuese estudiante por necesidad y no por voluntad, para pedirle que dirigiese y procrease el material clásico para su posterior reutilización. La lectura se convirtió así en una actividad social en lugar de privada –un juego parecido al críquet, que exige la participación de un caballero y un jugador– (Grafton, 2004, p. 350).

El acceso a un número limitado de libros y el retorno constante a los clásicos que caracterizaba a los humanistas permitía realizar una lectura pausada y prolongada en el tiempo, como la lectura erasmiana del comienzo de la *Iliada*. Ante esto, encontramos una preponderancia de lo efímero en la información en línea, que no sólo entorpece una lectura prolongada, sino que, ade-

más, obstaculiza su elección. En el entorno digital, el contenido se actualiza constantemente, y la fugacidad de las noticias y los artículos puede promover una perspectiva temporal limitada. Neil Postman, en su obra *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business* (2005), advirtió sobre la posibilidad de que la información, reflejada en el libro, se convierta en mero entretenimiento, donde el valor intrínseco del conocimiento se ve eclipsado por la novedad y la atracción superficial.

En la Europa renacentista reinaba también cierta forma de bibliofilia donde los libros no cumplían meramente una función pedagógica, sino que la novedad y la presentación adquirieron gran importancia, sobre todo en los estratos de la nobleza. En ellos, dirá Galende (1996), la compra se orienta “por una parte, a los manuscritos bella y ricamente presentados, y por otra, a la búsqueda de textos desconocidos o difíciles de encontrar” (p.93). Sin embargo, su valor no se reducía a una bella ornamentación o un gofrado heráldico, como pudiera criticar Séneca en *De tranquillitate animi* (2020), sino que se mantenía atención a cada libro en particular, como si de Don Avelino de Pío Baroja se tratase. De esta forma, aunque hubiera un aumento significativo del número de volúmenes en las bibliotecas privadas con respecto a la librería medieval (Galende, 1996, p. 93), el número aún moderado de los libros permitiría conservar a los mismos como reliquias. El mismo Giovanni Boccaccio, uno de los más renombrados humanistas florentinos, poseía una biblioteca con centenares de libros de los cuales aquello que sobresalía no era sino la información que albergaban.

El *ars impresoria* con el que comenzamos la sección permitió aumentar el número de volúmenes a disposición, pero no por ello desvalorizando cada uno, sino ofreciendo un cuidado personal a cada uno de los libros. Ejemplo de ello es la figura del bibliotecario en algunas bibliotecas públicas y privadas según un manual de la época, que “debía ser docto, [...] educado y de palabra buena y fácil; el cual debe tener un inventario de todos los libros y mantener éstos ordenados” (Galende, 1996, p.94). El progresivo aumento de los volúmenes en las librerías personales tiene su culminación en la figura del *ebook*, donde caben una o dos decenas de miles de libros, fomentando una lectura donde prima la cantidad y la espectacularización de la lectura sobre aquello que la misma pueda edificar. Las campanas del loco que nos traía Geiler von

Kaysenberg suenan a día de hoy más que nunca, en una forma de bibliomanía donde la primera y la tercera campana tintinean más que la segunda. Dirá al respecto Edward Newton:

Incluso cuando la lectura es imposible, la presencia de libros adquiridos produce tal éxtasis que anima a la compra de más libros, lo que representa un afán del alma de infinito... apreciamos los libros incluso si no son leídos, su mera presencia emana confort, su fácil acceso, la tranquilidad (Newton, 1922, p. 78).

Una de las consecuencias de la gamificación de la lectura de la que hemos esbozado algunas ideas reluce en la tercera campanilla de Gelier, aquella que critica a aquellos locos que leen los libros superficialmente, como si la biblioteca, en su totalidad, funcionase como un mero libro de citas. Como señala Nicholas Carr en su influyente obra *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* (2010), la lectura digital promueve la fragmentación cognitiva y la superficialidad del pensamiento al alentar la navegación constante entre fragmentos de información, lo que socava la capacidad de concentración profunda y la comprensión reflexiva. Esta banalización de la lectura es tan solo un síntoma de mayor calado acerca de la banalización de toda información y la hegemonía mediática del microrrelato sobre una comprensión honda de cada cuestión. La limitación de caracteres de las redes sociales, como guiño y continuación a la limitación de los mensajes SMS, establece una base tecnológica ideal sobre la que construir un discurso a partir de microrrelatos. Sin duda, una de las tecnologías que aquí se involucran es el buscador en textos, que nos permite buscar aquellas palabras deseadas desechando el resto de términos. El resultado es una lectura fragmentada donde prima la conclusión sobre el razonamiento y que, desde luego, se opone a la forma de lectura de los humanistas renacentistas, cuyo enfoque destacaba la exploración de los matices del lenguaje, la retórica y las estructuras narrativas.

Durante el Renacimiento, como hemos visto, la literatura no solo era un medio de entretenimiento, sino también una herramienta para la educación y el cultivo del intelecto (Smith, 2005). La transformación que hemos vivido, incluso dentro de la academia, ha pasado por la desvirtuación de tal lectura,

que se ha visto marcadamente instrumentalizada para objetivos ajenos al cultivo de la propia intelectualidad. En la academia de la era digital, las nuevas técnicas de valoración de los textos no pasan por el consejo del maestro, sino por nuevos estándares bibliométricos. Esto, sumado a la exigencia de un desarrollo incesante de artículos respaldados bibliográficamente lleva a la citación de fragmentos aislados que no son capaces de dar cuenta del sentido general del texto.

La interpretación de los textos, que guardaba una relevancia central en la lectura humanista, se vuelve contra el autor, instrumentalizando su pensamiento y traicionando, de cierta forma, la deuda intelectual que se forma al leer otros textos y apropiarse de los mismos. Esta crítica a la industrialización del trabajo académico y la producción en serie de ensayos ha sido ampliamente desarrollada⁵. Sin embargo, se ha señalado pocas veces la lectura digital proveniente de los buscadores como condición técnica impulsora de tal individualización del estudio. Los buscadores juegan con la ambigüedad de los términos, especialmente en áreas como la filosofía y promueven una forma de interpretación individual donde lo relevante de la cita no es qué es aquello que se haya querido decir, sino si aquella cita se ajusta bellamente a una opinión previa.

Toda cita refuerza las creencias por un marcado sesgo de confirmación y la confrontación dialógica con otros autores se desvanece en una suerte de lectura circular. La lectura se hace así una anodina forma de darse la razón y la complejidad de los textos se reduce a sentencias que se presentan autoexplicativas.

Quizás la forma más esclarecedora de tal comparación con la tradición humanista es estudiando los pasos en la lectura que se daban antes y ahora. En la lectura digital, el encuentro con el texto parte de una búsqueda por términos o una recomendación algorítmica y pasa por una lectura a menudo fragmentada por los términos buscados o superficial por mero entretenimiento. Aunque los historiadores insisten en que “a veces el humanista leía como si nada, igual que nosotros ahora [...] a menudo era una actividad regida por reglas comple-

⁵ Véase, el capítulo “Them section” en *Ethics in science and environmental politics* de Pieter Leroy, 2008.

jas y que exigía una atención constante” (Grafton, 2004, p.363). Los humanistas realizaban, habitualmente, lectura con lápiz en mano, incluso en ocasiones copiando textualmente los libros que leían.

Sin embargo, tal escritura no se hacía únicamente con vistas a la publicación, como parece suceder actualmente; Grafton constata que “la escritura, al fin y al cabo, era en sí misma una forma de lectura, un homenaje letra por letra al poder del original” (Grafton, 2004, p. 364). El lápiz se usaba a su vez para hacer un análisis más profundo del texto, acompañándolo de notas en los márgenes y comparaciones con otras obras; como refleja el diálogo entre el texto y las notas marginales del mismo Petrarca. Si bien no es cuestión de ocultar la finalidad de la publicación en muchos casos, sí cabe destacar que no siempre era así; es decir, que la lectura conservaba una función para el propio lector y para su círculo cercano y, por supuesto, no se reducía a aumentar el valor simbólico de quien la ejercía. Maquiavelo será ejemplo de ello puesto que leía historia tanto para la comprensión de su destino como para la profesión de lecciones sobre Tito Livio a los patricios florentinos de los jardines de Rucellai (Grafton, 2004, p. 368).

En todo caso, la lectura conservaba cierto valor práctico para el desarrollo de una vida buena, lo cual se contrapone con la exigencia que parece exigirse a dentro de la academia donde todo conocimiento debe orientarse a la alimentación de los estándares bibliométricos. La deriva antihumanista que vivimos tendrá su paralelismo directo con el pensamiento racionalista y la tensión vida por autores como Heinsius o, claro está, Huet. Tal deriva marcará el paradigma de la modernidad hasta la actualidad y, respecto a la lectura, dará constancia de que, como sucedió en el siglo XVI, “la era de la filología había terminado y estaba siendo reemplazada por la nueva era de las matemáticas” (Gilmont, 2004, p. 370).

Esta deriva antihumanista se manifiesta en la reducción de la experiencia de lectura a un mero consumo pasivo, en contraposición a la inmersión profunda en el mundo textual que fomenta la lectura tradicional. Marshall McLuhan, en su obra seminal *Comprender los medios de comunicación* (1994), postuló que el medio en sí mismo tiene un impacto crucial en la forma en que procesamos la información y construimos significado. La lectura digital, al propiciar una interacción superficial y una rápida transición entre contenidos,

puede socavar la capacidad de reflexión crítica y la contemplación profunda, características esenciales de la experiencia humana. De esta forma, la lectura deja de ser una suerte de conversación con quienes lo escribieron, especialmente cuando se trataba de autores de otra época, para tornar en mero consumo televisivo. Lejos quedaron, pues, las palabras de Maquiavelo a Vettori sobre las conversaciones que tenía con los antiguos hombres y su cálido recibimiento a lo largo de la noche (Maquiavelo, 1990).

3.3. *Hacia una reevaluación de los lectores digitales*

Es fundamental reconocer que la tecnología digital en sí misma no es intrínsecamente antihumanista. Como sugiere Sherry Turkle en *Reclaiming Conversation: The Power of Talk in a Digital Age* (2015), la clave reside en la forma en que integramos y regulamos estas tecnologías en nuestras vidas. La lectura digital puede ser una herramienta poderosa cuando se utiliza de manera deliberada y consciente, complementando en lugar de reemplazar las prácticas de lectura tradicionales.

En medio de los debates sobre los efectos antihumanistas de la lectura digital, se hace evidente que la tecnología en sí misma no es una entidad malevolente, sino más bien un reflejo de las intenciones y acciones humanas. Esta perspectiva encuentra eco en las ideas presentadas por Turkle donde se aboga por una reevaluación de cómo interactuamos con las tecnologías digitales en aras de preservar los aspectos humanistas de nuestras vidas.

Turkle (2015) enfatiza que la clave para mantener una perspectiva humanista en la era digital radica en la forma en que integramos y regulamos estas tecnologías en nuestras interacciones diarias. Si bien la lectura digital puede presentar desafíos en términos de profundidad y atención, también puede ser una herramienta poderosa para el aprendizaje y la exploración intelectual. En lugar de adoptar una postura alarmista que rechaza la tecnología por completo, podemos adoptar un enfoque pragmático y equilibrado que capitalice las ventajas de la lectura digital sin sacrificar los valores humanistas.

Es esencial reconocer que la lectura digital puede, en efecto, coexistir en simbiosis con las prácticas de lectura tradicionales. No se trata de un antago-

nismo entre lo digital y lo analógico, sino de un enriquecimiento mutuo. La tecnología puede mejorar la accesibilidad a una amplia gama de contenidos y fomentar la interacción activa con el material, mientras que la lectura tradicional puede proporcionar el espacio necesario para la reflexión profunda y la absorción íntegra de la información. Unir ambas prácticas puede conducir a un enriquecimiento más completo de la experiencia de lectura, reafirmando la importancia de un enfoque holístico y equilibrado.

La cuestión clave es la toma de conciencia y el cultivo de la autorregulación. Con un mayor énfasis en la educación y la promoción de la alfabetización digital, las personas pueden aprender a utilizar la tecnología como una herramienta que fortalece su búsqueda de conocimiento y su capacidad de discernimiento. Además, fomentar la reflexión sobre cómo las tecnologías digitales pueden ser utilizadas para nutrir relaciones humanas auténticas, como sugiere Turkle (2015), puede ayudar a evitar la alienación y el aislamiento que a menudo se asocian con la sobreexposición a dispositivos electrónicos.

De este modo, la lectura digital presenta un doble filo en su relación con los valores humanistas. Si bien ofrece beneficios en términos de accesibilidad y funcionalidades interactivas, también puede dar lugar a vicios que erosionan la profundidad cognitiva y la reflexión crítica, poniendo en riesgo los aspectos esenciales de la experiencia humana. Es imperativo que, como sociedad, abordemos esta transformación con una mirada crítica y cautelosa, buscando un equilibrio entre las ventajas de la tecnología y la preservación de los valores humanistas que definen nuestra identidad cultural.

La cuestión clave que surge, en consecuencia, en este contexto va más allá de la mera interacción con la tecnología, explorando las raíces mismas de la identidad en un mundo que evoluciona constantemente hacia la digitalización. La toma de conciencia y la cultivación de la autorregulación emergen como destrezas esenciales para navegar este paisaje cambiante. Más allá de ser consumidores pasivos de información, las personas deben aprender a ser críticos selectivos, a cuestionar la validez de las fuentes y a evaluar la integridad de lo que encuentran en línea.

En un giro hacia la educación, el énfasis en la promoción de la alfabetización digital adquiere mayor relevancia, como ya hemos dicho. No se trata solo de entender cómo utilizar dispositivos y aplicaciones, sino de comprender

cómo se estructura y distribuye la información en la era digital. La capacidad de discernir entre la información precisa y la errónea se convierte en una habilidad esencial. Asimismo, la alfabetización digital implica conocer los derechos y responsabilidades sobre la privacidad y la participación en debates constructivos en las redes sociales.

La tecnología, vista como una extensión de la herramienta de búsqueda de conocimiento y discernimiento, se convierte en una pieza clave en la construcción de un individuo informado y crítico. Sin embargo, la relación con la tecnología no debe limitarse a la búsqueda individual; también puede ser una fuerza para la conexión humana. Fomentar la idea de que las tecnologías digitales pueden nutrir relaciones genuinas en la que no solo se mantengan conversaciones a través de dispositivos, sino que también se coordinen eventos, se compartan experiencias y se genere empatía a pesar de las distancias físicas.

Aquí se destaca la importancia de reutilizar la tecnología en la lectura y la educación. La tecnología ofrece la oportunidad de repensar cómo accedemos y consumimos información. La reutilización de la tecnología implica no solo aprovechar los recursos disponibles, como lectores electrónicos y aplicaciones educativas, sino también adaptarlos creativamente para promover una comprensión más profunda. Dispositivos como *Kindle*, *Kobo* y otros lectores electrónicos permiten llevar una biblioteca completa en un solo dispositivo, facilitando la lectura en cualquier momento y lugar. Además, aplicaciones como *Goodreads* fomentan la interacción social en torno a los libros, creando comunidades virtuales de lectores que comparten recomendaciones y opiniones. Incluso los lectores PDF, con su capacidad de almacenar y acceder a documentos digitalizados, pueden ser herramientas valiosas para la educación y la lectura, permitiendo a las personas llevar consigo una variedad de textos y recursos en formato digital.

Los archivos PDF han demostrado ser una herramienta versátil ya que permiten la creación y el acceso a documentos en un formato estándar que preserva el diseño y la estructura originales. Esto se vuelve especialmente útil en la lectura académica y la educación, donde los textos a menudo contienen gráficos, tablas y formatos específicos. Este tipo de lectores ofrecen la capacidad de anotar, resaltar y tomar notas en los documentos, lo que facilita el

proceso de estudio y análisis. Tales herramientas también han encontrado su lugar en la difusión de información y literatura académica, ya que permiten compartir investigaciones, libros y artículos de manera eficiente y accesible en línea.

En este marco en constante evolución hacia la digitalización, es interesante recordar la influencia que los humanistas renacentistas ejercieron en la apertura de horizontes intelectuales. Al igual que en el Renacimiento, donde figuras como Erasmo de Róterdam abogaron por la exploración multidisciplinaria y la búsqueda activa del conocimiento en la era de la imprenta, la era digital nos presenta la oportunidad de fusionar el espíritu renacentista con la tecnología. Así como los humanistas renacentistas buscaban el florecimiento espiritual a través de la exploración de diversas disciplinas, hoy en día, la interacción con la tecnología nos insta a trascender los límites tradicionales de la educación y la lectura. Al igual que el humanismo promovía la creencia en el poder del individuo para dar forma a su destino, la alfabetización digital nos brinda la capacidad de ser agentes activos en la construcción de nuestra identidad en este entorno cambiante.

En esta línea, en la intersección entre la vertiginosa evolución tecnológica y la esencia humanista que ha guiado el pensamiento a lo largo de la historia, emerge un desafío crucial para el siglo XXI: ¿cómo podemos abrazar la tecnología de manera consciente y reflexiva sin comprometer los valores humanistas como esencia misma de nuestra humanidad? Como afirmaba el humanista renacentista Erasmo de Róterdam: “La verdadera educación consiste en obtener lo mejor de uno mismo” (Erasmo de Róterdam, 2003, p.131). El resurgimiento de los valores humanistas, profundamente arraigados en el Renacimiento, se presenta como guía en esta era de rápidos avances tecnológicos y como el cimiento sobre el cual podamos construir un futuro equilibrado donde la tecnología y la humanidad converjan armoniosamente.

El humanismo del Renacimiento y los valores que encarna (la empatía, la ética, la creatividad, el respeto por la diversidad y la búsqueda de la verdad) son la brújula que puede orientarnos en este nuevo territorio digital. La educación, en la que se promueve la comprensión profunda y el pensamiento crítico en lugar de una única memorización de datos, la cual posee igualmente gran valor, se alinea con la esencia humanista. Al valorar el acceso equitativo al

conocimiento y la información, podemos evitar que la tecnología genere divisiones en la sociedad. Además, la tecnología puede ser un vehículo para impulsar los valores humanistas. Por ejemplo, las redes sociales pueden convertirse en plataformas para la conexión global y la promoción de la comprensión mutua en lugar de ser caldos de cultivo para la desinformación y el odio. La inteligencia artificial puede utilizarse para abordar desafíos globales, como la atención médica personalizada y la gestión sostenible de recursos.

En última instancia, la síntesis armoniosa entre la tecnología y los valores humanistas depende de nuestra capacidad para mantener un diálogo constante entre la innovación y la ética. Como escribió Pico della Mirandola, “El hombre tiene la libertad de elegir su propio camino” (della Mirandola, 2006, p. 245). La reflexión sobre cómo cada avance tecnológico impacta en nuestra sociedad y en nuestra comprensión de lo que significa ser humano debe ser una parte intrínseca de nuestra búsqueda de progreso. La ética en la tecnología se convierte así en el catalizador de una convivencia armónica entre lo humano y lo tecnológico.

4. CONCLUSIONES

La lectura se ha entendido, erróneamente, como una capacidad más que como una práctica que pudiera ser virtuosa. Durante nuestro proceso educativo, se valora la capacidad de lectura en términos de saber o no leer; sin embargo, no se le da la importancia que un día tuvo a la forma en la que se desarrolla esa lectura. La lectura se debe entender como una práctica indisoluble del crecimiento humano, por ello, difícilmente podremos decir que se lee si tal lectura no fomenta el florecimiento del espíritu. Los humanistas renacentistas, en otro gesto más de su profunda erudición, nos han legado una buena forma de leer, la cual a su vez la heredaron de los clásicos.

La importancia de la lectura para los humanistas tiene su fundamento en su comprensión de la lectura, no sólo como una forma de conversación con sus autores, sino como una conversación consigo mismo. Petrarca describe como “articulada” y “viva” a esta relación con nosotros mismos a través de la lectura. Sin embargo, si algo cabe recuperar más que nunca del pensamiento

humanista es la propuesta pedagógica que acompaña a la enseñanza de la lectura.

A diferencia de algunas formas educativas actuales, la enseñanza de la lectura no se remitía a los primeros años de vida, sino que, al contrario, requería de cierta madurez y continuidad que sólo podía lograrse con el transcurso de los años. Se recuperaba de la lectura su dimensión social que habría tenido con los clásicos y se entiende como un proceso inevitable en la adquisición de las virtudes cívicas necesarias para la vida en sociedad. La lectura era inseparable de ciertas formas del libro y el libro del conocimiento, puesto que era la forma más fácil de poder conversar con los clásicos.

La transformación digital que venimos viviendo estos últimos años ha provocado un cambio radical en una forma de lectura que, antes de estos avances tecnológicos, comenzaba a sufrir las consecuencias de una deriva antihumanista. Por tanto, sería injusto achacar a la aparición de las pantallas y los libros digitales todos los males que asolan a la mala calidad de la lectura actual y su relación con el incivismo. Aquellos problemas que hemos venido apuntando residen, ante todo, en la velocidad de la lectura y la enorme e inabarcable pluralidad de textos que se dicen leer tanto en el ámbito personal como en el académico.

Sufrimos así una profunda desconexión con el texto y con el pensamiento crítico, el mismo que tanto relanzó el Renacimiento y que constituyó el sentido fundamental de la lectura pausada. A día de hoy, si escribimos en el buscador la *Utopía* de Tomás Moro, la primera recomendación es su resumen; vivimos así la enésima expresión de una lectura en busca del espontaneísmo y el conocimiento fácil que da lugar a un pensamiento acrítico y fragmentado. Sin duda, se trata de una forma de lectura que alimenta a las grandes industrias del libro digital y del diseño y fabricación de dispositivos para su lectura, por lo que nos resulta, a todos ojos, difícil encontrar prácticas más allá bajo el mismo contexto sociotécnico.

De alguna forma, este paradigma nos impregna a todos, incluido a aquellos que exponemos críticas al mismo desde la intelectualidad de la universidad. Por ello, la reflexión debe nacer de la crítica a toda forma de lectura y la superación de estas formas de consumo de información señalando la importancia de la lectura lenta, atenta y meticulosa en un mundo donde todo parece

acelerarse. No debiéramos caer en la prisa que recorre el mundo, la lectura es causa y con ello solución de los males que conlleva el exceso de prisa. Es así que consideramos que en una sociedad alfabetizada, el reto que se nos plantea no es sólo la enseñanza de la lectura, sino también de sus formas y, claro está, de su dimensión social.

Sólo a través de la enseñanza de la lectura como algo más que la comprensión de las oraciones, siendo una parte fundamental de la formación de ciudadanos, lograremos reivindicar a un espíritu apocado por una sociedad digital marcada por el exceso. Suenan, tanto como las campanitas de los locos, las palabras de un exiliado Dante en su obra *Convivio*, donde concluye:

El que va derecho a la ciudad cumple el deseo y da descanso tras de la fatiga y el que va al contrario nunca lo cumple ni puede dar nunca descanso, así sucede en nuestra vida, que el buen andador llega a su término y descansa; el erróneo nunca lo alcanza, antes bien, con gran fatiga del ánimo y los ojos golosos, mira siempre adelante (Dante, 1307, pp.18-19).

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alighieri, D. (2006). *Convivio*. Ediciones Cátedra.
- Boccaccio, G. (2020). *El Decamerón* (trad. por Benítez, E.). Alianza Editorial.
- Brandt, S. (2011). *La nave de los necios*. Akal.
- Bruni, Leonardo. (1424). *Isagogicon Moralis Disciplinae*.
- Calvo Valdivielso, L. Bruni, Leonardo. En *Diccionario Histórico de la traducción en España*. <https://phte.upf.edu/dhte/italiano/bruni-leonardo/>
- Carr, N. (2017). *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Taurus.
- Cavallo G. y Chartier, R. (2004). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Santillana.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula*. Lumen.
- Erasmus de Rotterdam. (2003). *Sobre el Método de Estudio, Lectura e Interpretación de Autores*. En R. B. Bond (Ed.), *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami* (Vol. 1, pp. 127-138). North-Holland Publishing Company.
- Erasmus de Rotterdam. (2002). *Adagia, Adagio 3, Libro I*. Salerno Editrice.

- Erasmus de Rotterdam. (2011). *Elogio a la locura* (trad. por Santidrián, P.). Alianza Editorial.
- Ficino, M. (2006). *Tres Libros sobre la vida; de la vida sobria*. Espasa Calpe.
- Geiler, J. (2015). *Die Ausburger Predigten* (ed. Freienhagen-Baumgart, K. y Williams-Krapp, W.). Deutsche Texte des Mittelalters.
- Grafton, A. (2004). El lector humanista. En Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger. (ed.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Santillana.
- Grafton, A. (1991). *Defenders of the Text: The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800*. Harvard University Press.
- Johnson, M. (2020). *Digital Humanism: The Next Stage of Human Evolution*. Academic Press.
- Leroy, P. (2008). *Ethics in science and environmental politics*. Inter Research Publisher.
- Maquiavelo, N. (1990). *Epistolario (1512-1527)* (trad. por Mastrangelo, S.). Fondo de Cultura Económica.
- Manguel, A. (2014). *Una historia de la lectura*. Siglo Veintiuno.
- Manucio, A. (2008). *Les Correspondants d'Alde Manuce: Matériaux Nouveaux d'Histoire Littéraire*. (ed. por Pierre de Nolhac). BiblioBazaar.
- McLuhan, M. (1994). *Comprender los medios de comunicación: Las extensiones del ser humano*. Paidós.
- Moro, T. (2013). *Utopía*. RIALP.
- Morozov, E. (2018). *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism*. PublicAffairs.
- Newton, A. E. (1922). *A Magnificent Farce*. The Atlantic Monthly Press.
- Palmireno, J. L. (1557). *De genere et declinatione nominum. De praeteritis et supinis praecensiones brevissimae et ad Ciceronianum loquendi genus accommodatae*.
- Petrarca, F. (2006). *Res Seniles*. Casa Editrice Le Lettere.
- Petrarca, F. (2007). *África*. Dieterisch'sche Verlagsbuchhandlung.
- Petrarca, F. (2014). *Cartas*. Espuela de Plata.
- Petrarca, F. (2021). *De la vida solitaria*. Cypress Asociación Cultural.
- Pico della Mirandola, G. (2006). *Sobre la dignidad del hombre*. Editorial Pi.
- Postman, N. (2005). *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*. Penguin books.
- de Rojas, F. (2005). *La celestina*. Cátedra.
- Sadurní, J. M. (22 de diciembre de 2022). Giovanni Boccaccio, precursor del humanismo renacentista. *National Geographic, Biografías*: https://historia.national-geographic.com.es/a/giovani-boccaccio_18817
- Séneca. (2020). *De tranquillitate animi*. Carlo Signorelli Editore.

- Smith, J. (2005). “La influencia humanista en la literatura del Renacimiento”. *Revista de Historia de la Literatura*, 67:133, 269-282.
- Smith, A. (2019). *The Human Touch: How to Harness the Power of Technology to Create Real Human Connections*. HarperOne.
- Turkle, S. (2015). *Reclaiming Conversation: The Power of Talk in a Digital Age*. Penguin books.
- Valla, L. (1476). *Elegantiae linguae latinae*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Wolf, M. (2015). *Proust et le calamar*. Collection Castor.